

SANTIAGO MONTOBBIO, *POESÍA EN ROMA*, ALHAURÍN EL GRANDE, EL BARDO, 2018, 542 pp.

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH
Universidad de León

El sello Los libros de la frontera, dentro de su colección El Bardo, y en su cuarta etapa, ha publicado una nueva entrega poética de Santiago Montobbio (Barcelona, 1966), escritor con una nutrida bibliografía literaria y que se licenció en Leyes y en Filosofía y Letras, impartiendo docencia en materias de Derecho y filológicas en la UNED, donde continúa enseñando estas últimas. El libro de poesía al que aludimos y que comentaremos se suma a los que la misma editora había estampado de este autor. Comenzaré citando *La poesía es un fondo de agua marina*, obra de 2011 que es la inicial de una tetralogía a la que se integraron después *Los soles por las noches esparcidos*, *Hasta el final camina el canto* y *Sobre el cielo imposible*. En 2017 vieron la luz otros dos títulos de este poeta, *La lucidez del alba desvelada* y *La antigua luz de la poesía*. Y a estos conjuntos se añadió,

en 2018, el libro que es objeto de la presente reseña, *Poesía en Roma*, una colección de poemas desacostumbradamente extensa, pues su contenido se acerca a las quinientas cincuenta páginas en un contexto de creaciones poéticas que se ofrecen en las librerías como libro sin alcanzar muchas veces las cien.

Realizada su primera comparecencia poética en forma de libro en 1989, año en que publicó *Hospital de inocentes*, tras varios lustros de silencio reemprendería Montobbio su andadura poética con nuevas entregas, ya en el presente siglo, lo que no obsta para que haya de ser considerado como un poeta de los noventa, o si se quiere de la encrucijada literaria finisecular. En los versos de este autor barcelonés se proyectan estéticas primordiales de las décadas de los setenta y ochenta, las que representaron los llamados novísimos y

la que se conoce como poesía figurativa, destacando en ella la poética de la experiencia.

Enlaza *Poesía en Roma* con la primera por sus referencias culturales continuadas, unas relacionables con el orbe artístico propiamente dicho, otras con el mundo literario. Entronca con la segunda el protagonismo de la cotidianidad de sesgo realista que recorre el libro por entero. Sin embargo, es bien sabido que a partir de la poesía figurativa, expresada mayormente en la poesía de la experiencia, los poetas han intentado singularizarse abriendo opciones nuevas, algunas surgidas con cierto parentesco, a la vez que diferenciación, con la poesía de la experiencia dominante. Y en los versos de *Poesía en Roma* se refleja bien esta búsqueda de un mundo literario propio nutrido de poéticas anteriores, aunque de idiosincrasia muy atípica.

Voy a explicar acto seguido en qué consiste, a mi entender, el trazo diferencial que la poesía de Montobbio presenta respecto a la de la experiencia, a fin de que se aprecien mejor las características de *Poesía en Roma*. Sabido es que esa poética de la que Luis García Montero ha sido máximo representante conforma una práctica que se basa en el principio de que todo texto literario es una obra de ficción, y por tanto la voz que habla en el poema corresponde a la de un personaje, por mucho que se refiera a vivencias relativas a la cotidianidad. Y en este punto la praxis de Santiago Montobbio ya resulta dispar, porque en sus versos la distancia entre el binomio que contrapone la ficción a lo no

fictivo se reduce y se estrecha tanto que se solapan entre sí, fundiéndose de una manera indistinguible, las dos opciones contrapuestas.

Cierto que en la poesía de la experiencia se procura una indistinción semejante, pero en ella el que pudiera considerarse «acabado» estilístico se atiene a vigilancias usualmente esperables en una creación literaria. No sucede así en *Poesía en Roma*, libro en el que se vuelca de inmediato lo que el hablante dice que hace, que siente, que piensa, que reflexiona y medita, que titubea, que rectifica, que ignora, que filosofa, que teoriza, que imagina, que recuerda, que evoca, que relaciona, y no ese mismo día: en cada momento de la escritura, realizada de forma a menudo insólita, a veces sentado, a veces, y son muchas, incómodamente de pie en cualquier sitio, lo que hace pensar en un proceder que otros autores han utilizado, por ejemplo Miguel de Unamuno cuando fue elaborando su *Cancionero*, o Rafael Alberti cuando iba escribiendo su excepcional libro *Versos sueltos de cada día*.

Se trataría de una poética instantánea concebida como si nada hubiese de quedar al margen del poema, bajo la persuasión de que todo es relevante, incluso lo más mínimo y anodino. En esta poética cabe el relato de todo lo enumerado en el párrafo precedente, y que se comporta como hilo conductor de una escritura en la que la capital de Italia es alfa y omega, protagonista e inspiradora absoluta. En este libro la ciudad es visitada de nuevo, tras varios años de ausencia, y con motivo

de un evento cultural en el que Santiago Montobbio participa. Esta visita propicia que Roma sea redescubierta a la luz de una mirada empática distinta y renovada, a la par que quien la está redescubriendo se redescubre a sí mismo al redescubrirla.

Se produce así una continuada autorreferencialidad que atestigua los sucesivos pasos y descansos que el caminante da en una urbe que le trae tantos recuerdos de su propio padre, y que le brinda la posibilidad de dialogar con la memoria familiar que compartieron no solo en España, sino en Roma. Sin embargo, el diálogo más sostenido se establece con una hispanista italiana, Carmelita Ferreri, una amiga entrañable de años, y muy concedora de la obra poética de Santiago Montobbio. Ella es otro protagonista indesligable de gran parte del libro y de cuanto en él acontece y se argumenta.

El propio título, *Poesía en Roma*, hace referencia a un componente sustancial del libro, la poesía, lo que ocasiona que un buen número de textos de la obra sean de índole metapoética, incluyéndose varios en los que se comentan poemas del propio Montobbio. La poesía se asedia desde múltiples ángulos y se inquiere acerca de dónde pueda albergarse, y a ella de tanto en vez se dirige el hablante como interlocutora, y mayormente situándola en el ámbito de lo sagrado, en esferas eclesiales propicias al intimismo, por alejarse del ruido mundanal, por ejemplo, oratorios e iglesias recoletas. Junto a esas atmósferas donde se puede gozar la soledad, el hablante goza también de distintos lugares

romanos que él siente como lugares del corazón, por el arraigo que en su memoria sentimental mantienen.

La poesía captada por el dicente la percibe en cualquier aspecto del entorno, y trata de señalarla mediante comparaciones e imágenes, valiéndose el autor de tantas y acumuladas tan intensamente en la parte final del libro que, cuando uno acaba de leerlo, se percata de que ha sido llevado a un clima poético y envuelto en él. De lo antedicho se desprende que ese constante interrogarse por la poesía, combinando y combinando variables sobre el particular, supone haber convertido *Poesía en Roma* en una obra de predominante carácter metapoético, aunque no se limitan a la poesía las variaciones que se plasman en la obra, porque también abundan las que se centran en el agua y en el silencio.

Lo que se procura en *Poesía en Roma* es que el lector perciba sin retoques ni pulimentos lo que se expresa, dejando a cada paso evidencias de que no se han tenido en cuenta para nada aderezos estéticos introducidos con artificio *a posteriori*, y que pudiesen comportar supresiones de ríspicos o redundancias verbales de diverso signo, lo que no deja de suponer una clase diferenciada de propuesta estética que linda deliberadamente en ocasiones con un prosaísmo que reflejaría la palabra hablada, y acaso también respirada, y que podría interpretarse como testimonio de una sencillez asociable a lo franciscano. En cualquier supuesto, una escritura plasmada de ese modo aporta un plus de sensación

de sinceridad humana y de radiografía de uno mismo que resulta muy remarcable.

Puede convencer más o puede convencer menos tal propuesta, pero en tanto que rotundamente genuina y desafiante resulta muy valiosa. Lo que se desafía con esa praxis literaria es una lectura prejuiciosa de lo que puede entenderse como poético, y se rebasan esas miras restrictivas, no siempre, pero sí numerosas veces. En mi opinión, atreverse a presentar como poético lo que no pocos dirían que no es poesía, ya resulta por eso mismo una manera alternativa de ofrecérsenos lo poético. Con todo, también ha de añadirse que muchos de los poemas son susceptibles de superar cualquier valoración en positivo de lo que pueda ser o no lo poético desde cualquier espectro analítico. Sencillamente porque algunos de los poemas de *Poesía en Roma* son espléndidos, sensacionales.

Decía más arriba que el libro entronca de algún modo con el esteticismo de los setenta si uno se atiende a varios de sus asuntos inspiradores. Hay en él, en efecto, alusiones continuadas a lecturas concretas, a escritores, a artistas, a obras literarias, a cuadros pictóricos, a piezas escultóricas, a construcciones arquitectónicas del patrimonio histórico romano. En el libro se atestiguan vivencias relacionadas con el arte entendido como diálogo con la belleza y con la espiritualidad, y ese factor, el de la espiritualidad, es el que marca un distingo clave con el culturalismo de los novísimos. En *Poesía en Roma* el arte siempre conduce a la meditación y a la espiritualidad, a una espiritualidad religiosa que acentúa todavía más la distancia con el esteticismo poético español de los años setenta y de sus continuadores.